JAQUE-MATE,

COMEDIA EN UN ACTO, EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Estrenada en el teatro del Recreo el 14 de Diciembre de 1868.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
ESPERANZA........	SRTA. D.ª JUANA GONZALEZ.
CONDE DE ARANDA.	D. JOSÉ VALLES.
CONDE DE FLORIDA-BLANCA.........	ANDRÉS BUESGA.
DON PEDRO........	JOSÉ BANORIO.
GARCI-PEREZ......	ANTONIO RIQUELME.
ALCALDE..........	JULIAN HERNANDEZ
UN CRIADO.........	» » »

La accion pasa en Getafe, reinado de Cárlos III.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO HURTADO.

Recibe, querido Antonio, esta modesta ofrenda de cariñoso y consecuente amigo

J. A. Bermejo.



ACTO ÚNICO.

Sala adornada con muebles de la época á que se refiere la accion de la comedia. Dos puertas á los lados, y una en el fondo que deja ver un jardin.

ESCENA PRIMERA.

GARCI-PEREZ. (Aparece leyendo un papel.)

«Lista de los convidados:
Don Pedro Quijano y Vargas.
El reverendo fray Diego,
confesor de las Descalzas.
Doña Antonia de Contreras,
marquesa de la Cañada.
El escribano del pueblo.
Don Raimundo de la Zarza.
El cura de la parroquia,
y don Raimundo Arteaga,
inquisidor jubilado,
etcétera, etcétera.»—Vaya;
yo le diré al jardinero,
que se entre casa por casa
y avise á los comensales.
Pero admiro la cachaza
del novio... ¡Qué le detiene?

¿Por qué será su tardanza?

ESCENA II.

GARCI-PEREZ, ESPERANZA.

ESP. (Que sale corriendo.)
Garci-Perez!

GARCI-P. ¿Mi señora?

ESP. ¿No has escuchado que llaman?
Acude pronto, que he visto
á través de mi persiana
apearse un caballero...
¿Qué te detienes? Despacha!

GARCI-P. ¿Será el suspirado novio?

ESP. Si he de juzgar por la traza
se me figura que sí.
Cuerpo airoso, bella cara,
andar galante y donoso...
Sin duda es Floridablanca.
Pero corre, Garci-Perez,
que la puerta está cerrada
y espera impaciente.

GARCI-P. (Yéndose.) Corro
á abrirle.

ESCENA III.

ESPERANZA, mirándose al espejo.

Veo que faltan
mil prendidos al tocado.
(Se retira del espejo.)
Yo no sé lo que me pasa.
Es el mismo á quien he visto
en Madrid; al que yo amaba;
aquel oficial galante
que me requebró estas Pascuas,
y me dijo tantas cosas
en el baile de Ensenada.
¡Qué fortuna, santos cielos!
Esta coincidencia extraña
hace mi felicidad,

pues que la suerte me enlaza
con un jóven que conozco,
que dejó impreso en mi alma
un recuerdo lisongero
que no se borra. ¡Bien haya!...
Mi corazon no sosiega;
quiero verle, y me acobarda
pensar que tengo que hablarle...
Pero mi padre ya tarda.
Voy á buscarle volando
y que sepa su llegada,
(Váse volviendo la cabeza.)

ESCENA IV.

GARCI-PEREZ, ARANDA, CRIADO.

(Este último con una maleta. Garci-Perez sale primero.

GARCI-P. Veremos cómo se explica
el señor Floridablanca
con sus buenos servidores.

ARANDA. (Al Criado, dándole dinero.)
Bebe á mi salud y gracias.
(Váse el Criado por la puerta de la derecha inclinándose.)

GARCI-P. Se anuncia bien, y promete.
Sirvamos con eficacia.

ARANDA. (Á Garci-Perez.)
Decid al señor don Pedro,
que un caballero le aguarda.

GARCI-P. (Observándole con asombro.)
¡Santo Dios! ¿Qué estoy mirando?
Si no tengo telarañas
en los ojos... cierto... el mismo!
¡Vos sois el conde de Aranda!

ARANDA. ¿Qué dices? (Sorprendido.)

GARCI-P. Lo corroboro.

ARANDA. ¿De qué me conoces?

GARCI-P. (Riendo.) ¡Calla!
¡Qué flaco sois de memoria!
En la calle de la Palma,

número seis, cuarto bajo,
frente al cuadro de las ánimas,
asistiais todas las noches
con un teniente de guardias
españolas; porque allí
las eminencias de España
iban á hacer penitencia
ante una mesa cuadrada
cubierta con un tapete,
dos luces y dos barajas.

ARANDA. ¿Pero tú?...

GARCI-P. (Riendo.) Soy Garci-Perez;
el portero que acechaba
para dar la voz de alerta
cuando la ronda de capa
pasaba con su alguacil.

ARANDA. Te reconozco, canalla!
Ya sé que eres un bribon.

GARCI-P. Señor conde, muchas gracias
por la lisonja.

ARANDA. Te consta
que sé premiar...

GARCI-P. Excusada
es la advertencia. Lo sé.

ARANDA. Pues hoy tambien me haces falta.

GARCI-P. ¿Hay gatuperio? Soy vuestro.
Ya sabeis que me doy maña
para todo.

ARANDA. Tengo pruebas.

GARCI-P. Pues entónces, pecho al agua,
y explanadme sin rodeos
el sistema de campaña
que ha de emprenderse. Esta vida
es monótona y pesada;
yo no estoy en mi elemento
encerrado en esta casa,
donde no hay chismes ni enredos,
y la existencia se cansa
de esta vida monacal,
enteramente contraria
á mis instintos.

ARANDA. Escucha.

Conocí á doña Esperanza,
tu señora, en un sarao
que el marqués de la Ensenada
celebró hace mes y medio...
en estas últimas Pascuas.
Bonita, amable, modesta,
cariñosa... en dos palabras:
bailamos una minué,
y luego una contradanza,
y juré en aquel momento
casarme con ella.

GARCI-P. ¡Brava
resolucion!

ARANDA. Sin embargo,
tuve la fatal desgracia
de ser nombrado aquel dia
jefe militar de plaza,
y pasé á Valladolid,
con lo cual se desbaratan
mis proyectos de conquista;
pero siempre me acompaña
la imágen de esa deidad,
y redoblé mis instancias
para volver á la córte
tras la mujer que ocupaba
mi corazon; mas sabiendo
que estaba aquí mi Esperanza
acompañando á su padre,
y que proyectan casarla
muy pronto, con mi rival
conde de Floridablanca,
monto á caballo, y ansioso
me anticipo á su llegada.
Me anuncio, tú me conduces...
Pienso que no está lejana
mi victoria.

GARCI-P. Desde ayer
esperan al novio.

ARANDA. Nada
me detiene. Yo he sabido
tambien, que doña Esperanza
no conoce á su futuro;

que esta boda es concertada
en convenio de familia.

GARCI-P. Lo que aquí todos extrañan
es que tarde tanto.

ARANDA. Yo
soy de que tarde la causa.

GARCI-P. De veras?

ARANDA. Antes de anoche
topé en una encrucijada
con un señor caminante,
que quiso que me apartara;
pero lo exigió de modo,
que comprendí una amenaza
que no pude tolerar
en vista de su arrogancia.
Le respondo duramente
y se cruzan las espadas;
en esta imprevista lucha
mi caballo se resbala;
caigo en tierra; el caminante,
me juzga muerto y escapa,
y era tal la lobreguez,
que ni aun nos vimos las caras.

GARCI-P. Algun salteador sin duda.

ARANDA. No Garci-Perez; te engañas.
Era mi noble rival
el conde Floridablanca.

GARCI-P. ¿Pues no dijisteis que á oscuras...

ARANDA. Óyeme atento, que falta
lo esencial de este incidente;
ten un poco de cachaza.
Despues que me levanté
procuré ver si dejaba
por el suelo alguna prenda;
y la punta de mi espada
tropezó con un objeto,
que al punto recojo. Salta
mi corazon de alegría
al recordarlo.

GARCI-P. ¡Caramba!
¡Un talego de onzas de oro!

ARANDA. ¡Cosa de mas importancia

para mí!

GARCI-P. ¡Piedras preciosas!
¡brillantes!

ARANDA. No valen nada
los tesoros de este mundo
para mi hallazgo.

GARCI. ¡Canasta!
¿Qué hallasteis?

ARANDA. Una cartera
que al conde Floridablanca
se le cayó del bolsillo
mientras duró la batalla.
En ella encontré papeles
que alientan mis esperanzas.

GARCI-P. Letras de giro; cobrables
á la vista.

ARANDA. Varias cartas,
de las que voy á servirme
para soplarle la dama.

GARCI-P. Es un recurso ingenioso
si no descubre tu trama
su venida.

ARANDA. No vendrá,
que ansioso de la venganza
he dado cuenta al alcalde,
y he puesto el pueblo en alarma,
á fin de que le persigan
y le arresten sin tardanza,
y que despues me den cuenta.
Dí las señas de esta casa;
y añadí que el fugitivo
era portador de cartas
sospechosas, y que anoche
mató en una encrucijada
á un caminante

GARCI-P. ¡Zambomba!
Veremos quien la descarga.

ARANDA. No temas ningun conflicto,
y pensemos en mi amada.
Cuando la mujer no sabe
quién es el que le preparan
para esposo, allá en su mente

á su gusto se lo fragua.
Soy el primero que llega,
y la suerte se declara
en mi favor.

GARCI-P. Este lance
concluirá por estocadas.

ARANDA. Para todo estoy resuelto,
amando á doña Esperanza.
Mi amor es ya frenesí,
y sólo su mano blanca
aplacará los tormentos
que me destrozan el alma.

GARCI-P. Alerta, señor, que vienen
don Pedro y doña Esperanza.
(Váse Garci-Perez saludando.)

ESCENA V.

DICHOS, PEDRO, ESPERANZA.

ARANDA. Con toda veneracion
aquí vengo á saludaros
gozoso, y á presentaros
mi carta de introduccion.
(Sacando una cartera y de ella una carta que entrega á D. Pedro, que la abre y lee.)
(¡Qué donosa y qué elegante!
qué rostro tan seductor!
¡Cómo aviva su rubor
el carmin de su semblante!

PEDRO. (Cerrando y guardando la carta.)
Al fin se ha cumplido el plazo.

ARANDA. Nada en el mundo es eterno.

PEDRO. (Á Esperanza.) Hé aquí mi futuro yerno;
tu prometido.
(Mútuas cortesías entre Aranda y Esperanza.)
¡Un abrazo,
y colmarás mi ventura!
(Se abrazan Aranda y Diego.)

ARANDA. El placer me vuelve loco.

PEDRO. (Sonriendo.) ¿Soy tal vez quien le provoco?

ARANDA. El candor de mi futura,
origina mi contento;

su mirada angelical.

ESP. Gracias. (Temblando.)

ARANDA. No lleveis á mal,
que fogoso el pensamiento
no pueda expresar con calma
para hacerlo comprender,
el infinito placer
que está rebosando en mi alma.
No extrañeis esta pasion,
pues que no es la vez primera,
en que mi lengua sincera
reveló mi inclinacion.

PEDRO. (Á Esperanza.) ¿Conque le conoces?... Dí:
¿es aquel enamorado
de que tanto me has hablado...
que en un baile...

ESP. (Con mimo.) Padre... sí.

ARAADA. Entónces, cantar victoria
podré de feliz amante,
supuesto que aquel instante
ocupó vuestra memoria.

PEDRO. (Con prontitud.) No; se refirió á la danza.
Te trató como mereces.
La equivocaste tres veces
bailando una contradanza.

ARANDA. Os escucho con pesar;
tratemos de otros asuntos,
que habiendo bailado juntos
ya nos podremos casar.
Me conformo con la moda
de la sociedad presente.
El baile es un aliciente
soberbio para una boda.
El severo magistrado,
y el adusto militar,
se complacen en gozar
las delicias del estrado.
Allí la jóven modesta,
la educacion de convento
olvida, con el acento
encantador de la orquesta.
Todo el baile lo concilia.

Hoy el baile forma de hecho
el vínculo más estrecho
que nos une á la familia.

ESP. (Bajo á su padre.)
Sabeis que tiene razon?

PEDRO. El resultado le abona.
Baila mal; pero razona
con bastante discrecion.
(Á Aranda.)
Ya he visto que has desechado
el proyecto que tuviste.

ARANDA. ¿Yo?...

PEDeO. ¿Negarás que quisiste
presentarte enmascarado?
(Gesto de confusion en Aranda.)
Comprendo tu confusion;
te arrepientes, lo repito.
Tu padre me lo habia escrito
con mucha anticipacion.
(Registrándose los bolsillos.)
Aquí debo yo tener
su carta precisamente.
(Registrando varios papeles.)
Esta es algo más reciente.
Mira... puedes conocer
su letra. (Mostrando la carta.)

ARANDA. (Se pierde todo,
si sucesos anteriores
me ocultan los pormenores...)

PEDRO. Y se expresa de este modo;
(Lee.) «Mi buen amigo: Pronto llegará mi
»hijo á Getafe para casarse con tu hija. Es
»como yo, caprichoso y original. Pretende.
»no tanto casarse, como ser amado de su es-
»posa. Es aficionado á los disfraces, y ha
»concebido el proyecto de presentarse en tu
»casa con el traje de criado, á fin de estu-
»diar reposadamente el carácter de su futu-
»ra. He creido prudente darte aviso de esta
»extravagancia. Haz de esta advertencia el
»uso que te parezca.»
(Habla.) Tuve la firme intencion

de romper nuestro proyecto,
si hubieras llevado á efecto
tan ridícula invencion.
Mi enojo y severidad
sin disputa merecia,
quien de tal modo ofendia
mi casa y mi dignidad.
Mi niña aplaude y respeta
que no hayas representado
el papel de enamorado
con tan indigna careta.

ESP. (Á Aranda.) ¿Y esa fué vuestra intencion?

ARANDA. Pero ved que he desistido...

ESP. Sin embargo, he comprendido
vuestra rara propension;
y es un proceder liviano
de que no os juzgué capaz,
concebir ese disfraz
para pretender mi mano.
Y si aquí hubiérais venido
de modo tan humillante...

ARANDA. Compadeced al amante
que os suplica arrepentido
el amoroso perdon.
Mi extravagancia olvidemos;
todos los hombres tenemos
momentos de aberracion.
Hubiera sido excusada
la máscara. De contado.
Sin disfraz me habeis hablado
en el baile de Ensenada.

ESCENA VI.

DICHOS, GARCI-PEREZ.

GARCI-P. ¿Señor?

PEDRO. Qué ocurre de nuevo?

GARCI-P. Solicita presentarse
para hablaros un criado
que viene, no sé de parte
de quién.

ARANDA. (Aquí le tenemos.)

PEDRO. ¿Qué querrá? Dile que pase.
GARCI-P. (Desde la puerta á Floridablanca.)
Compañero, por aquí.
¡Son altivos y arrogantes
los lacayos de la córte!
¡Se anuncian con unos aires!
(Váse, y entra Floridablanca.)

ESCENA VII.

DICHOS, FLORIDABLANCA, que se presenta en traje elegante de criado.

FLORID. El conde Floridablanca
me manda con su equipaje,
y me ha encargado deciros
que se dignen dispensarle
si hasta dentro de seis dias
no llega, pues Esquilache
le ha dado una comision. .
ARANDA. No prosigas adelante,
que tu señor ha llegado.
FLORID. ¿Que ha llegado?
(Atraviesa la escena y se pone delante de Aranda estupefacto.)
ARANDA. No te espantes.
Llegué primero que tú,
Pelegrin. (Quiero humillarle.)
FLORID. No esperé... veros... aquí...
antes que... yo... (Bajo á Aranda.)
¡He de vengarme
con creces!
ARANDA. (Bajo.) Ya lo veremos.
—Pues el ministro Esquilache
me dispensó del servicio.
Le dije que iba á casarme,
y fué indulgente á mi súplica,
siendo imposible avisarte. (Con intencion.)
No te asombre, Pelegrin;
siempre camino delante
de tí.
FLORID. Pero yo os prometo

andando el tiempo... enmendarme.

ARANDA. Es asunto terminado.

PEDRO. (Examinando á Floridablanca.)
¡Es un lacayo elegante!
Revela su cara, que es
muy listo.

ARANDA. ¡Pch!... como hace
poco tiempo que me sirve
no pude experimentarle.
Siempre no ha sido criado;
suplico que se le trate
de cierto modo.

FRORID. En efecto
circunstancias especiales
me tienen hoy de sirviente.

ARANDA. Confieso que por mi parte
haré todo cuanto pueda
á fin de que olvide un lance
que le ha obligado á ponerse
bajo mis órdenes.

PEDRO. ¡Calle!

ESP. ¡Qué bueno es con sus criados!
Y es un chico interesante,
Chupetin.

FLORID. ¡Será posible
que merezca... Sois amable...

PEDRO. (Á Aranda.) Da el brazo á la niña. Vamos,
(Aranda ofrece el brazo á Esperanza; esta acepta.)
á tomar un poco el aire
por el jardin, mientras llega
el momento de sentarse
para almorzar.

ARANDA. (Con imperio.) ¡Chupetin!
Examina el equipaje
por si algo falta, ¿lo entiendes?

FLORID. Sí, señor.

PEDRO. Pues adelante.

ESCENA VIII.

FLORIDABLANCA.

Señor ¿qué és lo que me pasa?
Mi posicion es muy grave
segun parece. No puedo
descubrir, sin humillarme,
que soy yo Floridablanca.
Serian capaz de burlarse,
y provocar el desprecio
de mi futura. Este lance
me obliga á ser estratégico.
Es preciso que desbanque
á este prometido intruso
que ha venido á suplantarme.
Si yo pudiera lograr
que don Pedro le expulsase...
(Dándose una palmada en la frente.)
¡Se me ocurre un pensamiento,
que es el que puede salvarme!
Voy á crear un conflicto
entre mi rival y el padre
de mi futura.
(Sacando del bolsillo varios papeles.)
Aquí traigo
proyectiles abundantes,
que disparados con tino
me hacen dueño del combate.
Si encontrase un portador...
Mas temo por otra parte
salir fuera de esta casa.
Me tiene intranquilo el lance
de anoche. Se me figura
que fuí certero... Si saben
que yo le dí la estocada...
Aun cuando pude salvarme
dando infinitos rodeos,
he observado á ciertos pajes
que me han seguido. Si acaso,
dispuesto está el equipaje

y escaparé como pueda,
Pero Esperanza... (*Viendo llegar á D. Pedro.*)
¡Su padre!
Yo buscaré la manera
de herirle de muerte.—Él sale.

ESCENA IX.

FLORIDABLANCA, PEDRO.

PEDRO. (Quién proyecta disfrazarse,
y lograr por el engaño
lo que ambiciona, merece
analizarle despacio.
El momento se aproxima,
y por lo mismo he pensado
conocer las cualidades
de mi yerno. Con amaño
preguntaré á su sirviente,
que me parece avisado
y me dirá lo que sepa.)
(*Á Floridablanca, que parece distraido registrando la cartera.*)
¡Chupetin! ¿No oyes que llamo?

FLORID. (*Ocultando la cartera con precipitacion.*)
¿Señor?

PEDRO. Acércate más.
(*Floridablanca se aproxima. Pedro saca del bolsillo una moneda y se la da.*)
Ten, para que eches un trago.

FLORID. Muchas gracias.

PEDRO. Dime, jóven;
¿sirves tú con gusto al amo?

FLORID. ¡Qué pregunta! Desde luego.
¡Si es tan amable! ¡Tan franco!
Á mí me gusta servir
á gente de pocos años;
y mientras más calaveras,
mejor para los criados.
¡Son tan divertidos!

PEDRO. (*Risa fingida.*) Cierto;
tan alegrillos de cascos.

Son tan rumbosos.

FLORID. (Riendo.) Verdad.

PEDRO. Me divierten los muchachos,
y más si son calaveras.

FLORID. Y á mí tambien.

PEDRO. Yo me encanto
oyendo sus travesuras.
(Él me cantará de plano.)

FLORID. Se conoce que don Pedro
fué tambien aficionado.

PEDRO. ¡Já, já, já! ¡Mucho! ¡Muchísimo!
¡Yo he sido la piel del diablo!

FLORID. (Sé adónde vas, y te espero.)

PEDRO. Por lo visto, sabrás algo
de tu señor.

FLORID. (Fingiendo recelo.) ¿Que si sé?...
Si estuviésemos despacio
y seguros de que nadie
nos escuchaba...

PEDRO. (Serio.) (¡Canasto!)
Já, já, já! No tengas miedo.

FLORID. Vais á pasar un buen rato.

PEDRO. No lo dudo; cuenta, cuenta,
no tengas ningun reparo.
¡Lo que voy á divertirme!

FLORID. Hace un mes que he presenciado
un lance chistoso.

PEDRO. (Afanoso.) ¿Cuál?
Dímelo pronto; sepamos.

FLORID. La otra noche. ¿Nos escuchan?
(Mirando á todos lados.)

PEDRO. ¡Te digo que no hay cuidado!
Están muy entretenidos
en el jardin.

FLORID. (Con misterio.) Dias pasados
se encontró en las Trinitarias
á su sastre. El pobre diablo,
le reclamó cierta deuda
antigua. Levanta el brazo...
(Haciendo ademan de pegar.)
y... ¡cachafás!

PEDRO. (Imitando.) ¿Cachafás?

FLORID. Yo creo que aun está sonando.
(Risas estrepitosas por ambas partes.)
PEDRO. ¿Tiene deudas?
FLORID. ¡Infinitas!
(Sacando papeles de la cartera.)
Aquí teneis un catálogo
que asombra.
PEDRO. (Mirando.) Tienes razon.
¿Pero paga?
FLORID. (Riendo.) Á nadie.
PEDRO. (Riendo.) ¡Bravo!
FLORID. Es decir, suele pagar
cuando juega y ha ganado.
PEDRO. ¡Conque juega!
FLORID. ¿Que si juega?
Hasta que asoman los rayos
del sol.
PEDRO. ¡Lindo mancebo!
FLORID. ¿Vos tambien habreis jugado!
PEDRO. ¿Que si he jugado? Pues no.
Á la brisca, al burro manco,
al viva mi amor... ¡Canario!
Si he sido yo un jugador
temible en mis verdes años.
FLORID. Cuando pierde, ni los diablos
le aguantan; jura, blasfema,
rompe lo que encuentra á mano,
se tira de los cabellos...
PEDRO. ¿De veras? (Grave, y luego rie.)
FLORID. Sí.
PEDRO. ¡Guapo, guapo!
FLORID. Pero si gana, es rumboso,
y prodiga los regalos.
Á la Pepilla un vestido,
á la Chata un chal bordado,
á la Pindonga un collar,
á Ramona unos zapatos..
PEDRO. Chata... Pindonga... ¿Qué es eso?
FLORID. Mancebitas...
PEDRO. Ya, ya caigo.
Te he comprendido. Prosigue.
¿Tiene tantas?...

FLORID. ¿He acabado
por ventura?

PEDRO. ¿Tiene más?

FLORID. ¡Es el número tan largo!
Se vé tan comprometido
á veces, que es necesario
que yo responda por él.
Ved la carta que me ha dado
para que conteste yo.
(Mostrando el sobre de una carta.)
Aquí lo dice tan claro.

PEDRO. (Leyendo.) «Al conde Floridablanca.»
(Habla.) Con efecto. Á ver, sepamos
el contenido. ¿Qué pide?

FLORID. (Que cargue con mis pecados,
ya que quiso reemplazarme.)
(Leyendo.) «Mi querido Conde: ¡Ingrato!
»Hace más de tres semanas
»que te alejas de mis brazos.
»El niño está muy malito,
»pues desde ayer he notado
»que tiene un diente.»

PEDRO. (Interrumpiendo.) ¿Qué escucho?
¿Tiene un hijo?

FLORID. (Riendo.) Sí.

PRDRO. (Grave.) ¡Canasto!

FLORID. ¡Eso os asusta?

PEDRO. (Dando carcajadas.) ¡Quiá! no.
¡Jesus! ¡Lo que estoy gozando!

FLORID. Vereis, vereis otro chasco.
Vos conoceis los actores
de esta comedia. Un muchacho
debió casarse; lo sabe
mi señor, y muy ufano
se presenta al padre, y dice,
que es el novio deseado,
porque no le conocian...
y sedujo el bribonazo
á la muchacha, en presencia
(Riendo á carcajadas.)
del mismo padre.

PEDRO. (Grave.) ¡Canasto!

FLORID. ¿Eso os asusta?
PEDRO (Dando carcajadas.) ¡Quiá! no!
¡Jesus! lo que estoy gozando!
No te pares, Chupetin.
FLORID. El padre se llama. (Recordando.)
¡Diablo!
PEDRO. ¿Cómo diablo!
FLORID. (Recordando.) No, si digo...
Es un apellido raro.
En la punta de la lengua
lo tengo.
PEDRO. No es necesario.

ESCENA X.

DICHOS, ESPERANZA.

ESP. (Desde la puerta.)
Vengo á deciros que os buscan...
FLORID. (Fingiendo no haber visto á Esperanza.)
Y lo chistoso del caso
fué, que aquella misma noche
en el jardin...
(Fingiendo sorpresa por haber visto á Esperanza.)
¿Qué he mirado?
En presencia de esa niña
no puedo...
PEDRO. (Riendo.) Ya estoy al cabo.
Dices muy bien, que ella ignore...
FLORID. Yo pienso pasar al cuarto
de mi señor. (¡Que si quieres,
cuando se viene á la mano
la ocasion de hablarla!)
PEDRO. (Bueno.
Todo me lo ha declarado.
¡Qué astuto he sido!) Esperanza,
¿quién me busca?
ESP. (Bajo á su padre.) El escribano,
á preguntar por el nombre
del viajero que ha llegado,
de órden del señor alcalde.
PEDRO. Pronto vuelvo. Voy volando.

ESCENA XI.

FLORIDABLANCA, ESPERANZA.

FLORID. Defiéndase como pueda
el conde de Aranda. Vamos
á preparar el terreno...
(Á Esperanza, que se aleja.)
¿Señorita?

ESP. (Volviendo.) ¿Me has llamado?

FLORID. Sí, señora.

ESP. ¿Qué me quieres?

FLORID. Si no teneis un obstáculo
que lo impida, desearia
me escuchárais.

ESP. No hay reparo.

FLORID. Conozco que es mucha audacia;
pero del favor que aguardo
no soy tan indigno.

ESP. Cierto.
Los elogios que hace tu amo
de tí, me lo corrobora.

FLORID. ¿Sí? ¿Mi señor se ha dignado?...
(Es generoso; confieso
que no hiciera yo otro tanto,)
Vuestra estimacion me alienta,
y aminora mis quebrantos.

ESP. ¿Tus quebrantos? Ya comprendo.
Tu señor se ha disgustado,
y pides mi mediacion.
Concedida.

FLORID. No; yo os hablo
de otra cosa. Aunque me veis
en este traje, os declaro,
que... no lo dudeis, señora,
no nací para llevarlo.

ESP Dime, pues, tus infortunios,
Chupetin... vaya... sepamos.

FLORID. ¿Qué vais á decir de mí?
¡Señora, me he enamorado
en vuestra casa!

ESP. ¿De veras?
FLORID. (Con sentimentalismo exagerado.)
¡No os atrevais á dudarlo!

ESCENA XII.

DICHOS, ARANDA.

FLORID. (¡Maldicion! Aquí está Aranda.
No pude llegar al fin.)
ARANDA. Te buscaba, Chupetin.
FLORID. ¿Qué es lo que el señor me manda?
ESP. Sed con él más complaciente.
No le ocupeis; por favor,
que he merecido el honor
de ser hoy su confidente.
ARANDA. ¿Pretension tan indiscreta
he de consentir?
ESP. Señor,
se ha enamorado, y amor
no es amigo de etiqueta.
ARANDA. ¿De amor os ha hablado?
ESP. Sí.
Chupétin, no te abochornes...
ARANDA. Vaya, alguna Maritornes
que se habrá encontrado aquí.
Su conducta no me altera,
ni debe á vos enojaros.
Apuesto á que quiere hablaros...
FLORID. ¿Yo?... (Interrumpiendo.)
ARANDA. (Vivo.) De vuestra cocinera.
Preciso es hacer justicia
á su innata condicion:
en esa humilde region
halla él siempre su delicia.
Su conato nunca ensaya
con ninguna señorita.
Su inclinacion favorita
son las hijas de Vizcaya.
(Riendo.) He observado que se hechiza,
y que frecuenta la caza
de esa predilecta raza

coloradota y rolliza.
Yo no lanzo mi anatema;
le miro y le dejo hacer.
¿Para qué me he de oponer?
Cada loco con su tema.
No interrumpais su deseo;
satisfaced su impaciencia.
Yo interpongo mi influencia...
concedédsela y *Laus Deo.*

ESP. Á concederle me inclino
lo que me viene á pedir;
mas no puedo concebir
un amor tan repentino.

FLORID. Doña Esperanza, os anuncio,
que otros amores quizás
deben sorprenderos más
que el amor que yo os denuncio.
Mas mi aficion se exagera,
que aunque hombre de corazon,
no es tan grande la pasion
que tengo... á la cocinera.

ARANDA. Pero, ven acá, bolonio,
que ya me apuras la calma,
¿sin quererla con el alma
la pides en matrimonio?

FLORID. Ayer, en cierta ocasion,
no me respondais que miento,
¿no deciais que el casamiento
era una especulacion?
(Inquietud continuada de Aranda durante esta relacion.)
¿Un martirio, y el azote
de la alegre juventud?
¿Y en fin, una esclavitud,
qué dulcificaba un dote?
¿Que era un carnaval sensato,
una máscara discreta,
que se quita la careta
cuando se firma el contrato?
¿Una farsa, un entremés?
¿Que una vez hecho el mercado,
cada cual va por el lado,

que le dicta su interés?

ESP. ¿Conque eso ha dicho?

ARANDA. (Desesperado.) ¡Bribon!...

ESP. Preciso es estar alerta.

ARANDA. Os afirmo, que no es cierta
tan ridícula invencion.

FLORID. Mis frases son el acento
de la verdad.

ARANDA. (Colérico.) ¡Mira, osado!

FLORID. ¿Conque ayer mismo ha pasado
y vais á decir que miento?
(Viendo á Aranda que le amenaza.)
El señor conde se enfada,
y temo mucho su ira.
Señora, todo es mentira,
el Conde no ha dicho nada.

ESP. Que le castigueis no quiero.

ARANDA. Señora, no me propaso;
mas ruego que no hagais caso
de semejante embustero.

ESCENA XIII.

DICHOS, PEDRO, con una carta en la mano, que cierra al salir

ARANDA. Á propósito llegais;
aspiro á vuestra defensa.

PEDRO. Pues á mala parte vienes.
¡Teme que no pida cuenta
de tu conducta!

ARANDA. ¡Don Pedro!

ESP. ¿Lo sabeis todo?

PEDRO. Á la letra. (Á Aranda.)
Me has engañado.

ARANDA. (¡Dios mio!
¡La trama está descubierta!)

PEDRO. Ya conozco tus intrigas.

ARANDA. ¿Intrigas?

PEDRO. Sí, buena pieza.
¿Vas á negarlo quizás?
Pues haré que te convenzas.

¿Y la Pindonga? (Llevándoselo á un lado.)

ARANDA. (Absorto.) ¿Pindonga?

PEDRO. ¿Y la Chata? (Gritando.)

ARANDA. ¡Santa Tecla!

PEDRO. Sé tambien que el cachorrito
tiene un diente. ¿Qué contestas?
Sé que debes mucho.

ARANDA. (Mirando á Floridablanca.) ¡Cómo!
¿Qué debo mucho?

PEDRO. (Alzando la voz.) Y que juegas.

ESP. ¡Cielos!

ARANDA. ¿Quién me ha calumniado?...
Acaso á Chupetin deba
tantos favores.

ESP. ¿Sentís
la revelacion sincera
de vuestra conducta?

ARANDA. (Con intencion.) Siento
la acalorada defensa
que de Chupetin haceis.

ESP. (Con dignidad.) Yo siento, que se me ofenda
con palabras embozadas,
que atestiguan la imprudencia
de ciertos... hombres.

ARANDA. (Inclinándose.) Señora,
nunca fueron mis ideas
agraviar.

ESP. (Con gravedad.) Sois ligero.

ARANDA. Confieso mi ligereza,
sólo en haber consentido
que á mi lado permanezcan
ciertas personas.

FLORID. (Con prontitud.) Protesto,
pues conozco la indirecta.
¿Os he obligado yo acaso
á que me tomeis?

ARANDA. Ya es fuerza
que te calles. ¡Te despido!

FLORID. ¿No es justo se me conceda
un plazo para...

ARANDA. (Con sequedad.) Ninguno.

PEDRO. Ya que tu señor se niega,

aquí está mi casa.

ESP. (Con prontitud.) Apruebo.

PEDRO. Y si te gusta, te quedas.

ESP. Tambien lo apruebo.

FLORID. Y yo acepto.

ARANDA. (Cogiendo á Floridablanca de la mano y diciéndole con intencion.)
Falta que ajustemos cuenta.

FLORID. Cuando gusteis, caballero.

PEDRO. (Á Floridablanca.)
Sígueme, pues, (Mútuas reverencias.)

ARANDA. (Viéndolos ir.) ¡Bien se venga!

ESCENA XIV.

ARANDA.

Pues, señor, esto va malo.
Sacamos en consecuencia,
que soy yo el que se despide.
¿Será posible que venza?
Esperanza no me quiere.
Que lo diga la manera
con que me ha tratado. Y yo,
¡me pongo á buscar querellas!
Me he portado como un necio...
Mas Garci-Perez se acerca.

ESCENA XV.

ARANDA y GARCI-PEREZ.

GARCI-P. Señor Conde, ya he sabido...

ARANDA. ¿Qué?

GARCI-P. Que estais de enorabuena.

ARANDA. Pues ensilla mi caballo.

GARCI-P. ¿Vais á partir?

ARANDA. (Confuso.) Sí, me esperan...
pero vuelvo... es un asunto...
(Colérico.) ¿Y habré de darte yo cuenta?...
¡Obedece!

GARCI-P. (Asustado.) Señor Conde!...

Diré á Chupetin que venga
y que ensille.

ARANDA. (Con prontitud.) Ni lo intentes.
ensilla tú.

GARCI-P. ¡Qué rareza!
Cuando se tiene un criado...

ARANDA. Le he despedido.

GARCI-P. ¿De veras?
Me alegro mucho.

ARANDA. ¿Por qué?

GARCI-P. Os haré una confidencia. (Con misterio.)
He notado...

ARANDA. (Curioso.) ¿Qué has notado?

GARCI-P. Que os prepara alguna treta.
(Mirando á todos lados con recelo.)
En este instante le he visto
muy rendido, en la arboleda
del jardin, hablar bajito
á doña Esperanza. Fuera
ingratitud no avisaros.

ARANDA. ¡Me dabas la enorabuena
sin embargo!

GARCI-P. Señor Conde...
me voy, si me dais licencia,
á ensillar vuestro caballo. (Yéndose.)
(¡Ay! Chupetin se la pega!)

ESCENA XVI.

ARANDA.

¿Conque ya le habla en voz baja?
¿Quién sabe si la requiebra,
porque imagina su triunfo
seguro, y me considera
vencido?... ¡Pues no será!
Ya no parto. ¡Guerra, guerra
á muerte!... y ahora mismo
voy con la frente serena
á declararme á don Pedro;
quiero que su padre sepa
cómo me llamo. Mi nombre,

aunque soy jóven, resuena
ya en la córte con agrado;
los ministros me respetan,
el conde de Aranda aspira,
y en su corazon alberga
el sentimiento del mando,
y la emulacion le alienta.
Mi rival tiene talento...
Pongámonos á la prueba.
¿Yo declararme vencido?
Eso no. Mas ¿quién me altera
de este modo? ¿Es el amor?
¡Cielos!... Si amaré de veras
á esa linda jóven?... ¡Sí!
Siento que la amo.—Es ella.

ESCENA XVII.

ARANDA, ESPERANZA.

ESP. (Que sale con apresuramiento.)
¿Quién lo pensara, Dios mio?
ARANDA. Señorita, ¿qué sucede?
ESP. Ausentaos pronto... os lo ruego.
ARANDA. ¿Que me lo rogais? ¿Qué puede
obligaros?...
ESP. ¿Vacilais?
Si los momentos se pierden
pueden prenderos.
ARANDA. ¿Á mí?
ESP. Sí señor.
ARANDA. ¿Á mí prenderme?
ESP. Yo pensé que lo sabiais.
—Sin que ninguno me viese,
solita me paseaba
por el jardin. Varias veces
tuve ganas de llorar,
lo confieso ingenuamente.
Sin embargo, de estas cosas
no vine á hablaros. Sentéme
junto á la verja, y de pronto
oigo vuestro nombre; crece

mi curiosidad, y un grupo
de hombres armados se atreve
á cercar la casa. Luego,
disponen que el más valiente
entre y os prenda. ¡Qué susto!
Presumo que tengo fiebre,
y mi corazon se agita.
¿Qué haceis, que tan mal os quieren?

ARANDA. (Me han tomado por el otro.
¡Vive Dios, que si me prenden
la burla será mayor.)

ESP. ¡Cómo! ¿Nada se resuelve?

ARANDA. ¿Yo ausentarme? No, señora.
¿Renunciar á lo que debe
colmar mi ventura? ¡No!

ESP. ¿Imaginais que yo acepte
vuestra mano? Sois muy malo
cuando la justicia quiere
prenderos.

ARANDA. Reflexionad...

ESP. Por Dios, no seais insistente.
(Observándole con interés.)
(¡Qué lástima de muchacho!
Yo le amara si no fuese
tan calavera.)

ARANDA. (Con pasion.) ¡Esperanza!

ESP. Bien dice vuestro sirviente;
estas son las consecuencias
de su conducta. El que atiende
los buenos consejos...

ARANDA. (Con calor.) Basta.
Los vuestros sólo pretende
escuchar mi corazon.
Juro que seré obediente...

ESP. Pues bien, partid al momento.
¿Quereis tambien que os lo ruegue?

ARANDA. Impongo una condicion.
Decid que desaparece
de vos el triste concepto
que teneis de mí?

ESP. Corriente.
Digo que sois un bendito,

si partís. No seais rebelde.

ARANDA. La libertad no me importa,
y aunque la vida me cueste
mi permanencia, persisto,
si esos labios no profieren
una palabra de amor;
decidla, y vereis que en breve
parto de aquí.

ESP. (Temblorosa.) ¿Á ese precio?
Pues; si, señor... me parece
que os amo.

ARANDA. (Enagenado.) Soy venturoso!

ESP. Ausentaos. (Suplicante.)

ARANDA. Quien tal espere,
se equivoca. ¿Yo partir?
¿Cómo quereis que yo intente
abandonar una dicha
que me presenta la suerte?
Sí, mañana nos casamos.

ESP. ¿Mañana?

ARANDA. ¿Qué duda tiene?
Yo os presentaré á mis padres...

ESP. ¡Cómo!...

ARANDA. Á todos mis parientes.

ESCENA XVIII.

DICHOS, FLORIDABLANCA.

ESP. Chupetin!

FLORID. ¿Señora mia?

ESP. ¡Oh! qué á propósito vienes?
(Bajo.) Praciso es buscar un medio
para que pronto se aleje
tu señor.

FLORID. (Bajo y gozozo.) ¿Eso pedis?
¿Es menester que yo le eche?

ESP. Es necesario que parta.
Las razones no se pueden
decir en este momento.
Nunca podré agradecerte
lo bastante este servicio.

FLORID. (Riéndose y bajo.)
Fuera injusticia oponerme...
y ya que me autorizais...

ESP. (Yéndose.) Impediré que penetren
esos hombres, anunciando
á mi padre... Me conduele
la posicion de este jóven.
¡Qué conflicto si le prenden!

ESCENA XIX.

ARANDA, FLORIDABLANCA.

FLORID. (Ya es asunto concluido,
y segura mi victoria,
pues al fin tengo la gloria
de ser yo quien le despido.
(Acercándose á Aranda, á quien saluda muy respetuosamente.)

ARANDA. ¡Pobre Chupetin! Se advierte
tu gana de estar conmigo.
Mas no puede ser, mi amigo;
deploro tu mala suerte.

FLORID. Presumo que estais distante
de lo que hoy ha de pasaros,
porque tengo que obligaros ..

ARANDA. ¿Á qué?

FLORID. (Sonriendo.) Á tomar el portante.

ARANDA. Dispensa, que no me importe
tu amenaza. ¿No has pensado
que soy yo aquí el obligado
á entregarte el pasaporte?
(Se quita el sombrero y le saluda con afectada cortesía)
El honor que he merecido
recordaré eternamente,
pues jamás tuve un sirviente
tan noble... y tan distinguido.
Creo que fuera... hasta inhumano,
si por más tiempo abusase...
Servidores de esta clase
son dignos de un soberano.

FLORID. Aranda, no me resiento
de lo que acabais de hablar,
que es preciso confesar,
que teneis mucho talento.

ARANDA. ¿Lo sentís?...

FLORID. Como lo digo.
Si quereis corresponder,
concededme el gran placer
de teneros por amigo.
Mas vuestro ingenio se agota;
no espereis que yo sentencie,
y que la niña presencie
con risas vuestra derrota.
Conque alejaos.

ARANDA. (Sonriendo.) No me alejo.
En vano me aconsejais.
Sois vos quien necesitais
que os dé ese mismo consejo.

FLORID. ¿Insistís?

ARANDA. Es necesario.
Y si no os quereis marchar,
me obligareis á mandar
que me traigais el notario.
Mi resolucion es franca.

FLORID. ¿Vais á conservar mi nombre?

ARANDA. ¡Suena tan bien! No os asombre.
(Ahuecando la voz.)
¡El conde Floridablanca!
Mi afan no os haga cosquillas.
Es sonoro y campanudo.
Revela un hombre sesudo
y de muchas campanillas.

FLORID. Pues teneis que renunciar
á tan extraño ejercicio.

ARANDA. No, porque os hago un servicio,
y le debo conservar.

FLORID. Mucho decis... reparad,
que ya se complica el juego.

ARANDA. Mucho digo; no lo niego;
pero digo la verdad.
(Se lleva á un lado á Floridablanca.)
¿Quereis?... aquí no habrá dolo,

ni de engañar el conato,
que se celebre un contrato
sin firma, ni protocolo?
Y despues á lo hecho, pecho.

FLORID. Pero tendrá que explicarse...

ARANDA. Que el que tenga que ausentarse
renuncia ya á su derecho.

FLORID. Convenido. Bien haceis,
que eso mi ventura labra.
Me bastará una palabra...

ARANDA. Es que vos no la direis.

FLORID. ¿Que no he de decirla?

ARANDA. (Sonriendo.) No.
Floridablanca, lo juro.
No lo direis.

FLORID. ¡No!

ARANDA. Seguro.

FLORID. ¿Quién ha de impedirlo?

ARANDA. Yo.

FLORID. ¡Caballero!

ARANDA. ¿Qué tenemos?

FLORID. La diré.

ARANDA. No la direis.

FLORID. ¿Por qué no?

ARANDA. Porque perdeis.

FLORID. Lo veremos.

ARANDA. Lo veremos.

ESCENA XX.

DICHOS, ESPERANZA.

ESP. (Desde el foro con agitacion.)
¿Aún no ha partido? ¡Se pierde!

FLORID. (Bajo á Aranda.)
Vereis si me nombro.

ARANDA. Bueno.

ESP. ¡Que ya están en el jardin!

ARANDA. ¿Quién, señora?

ESP. Los del pueblo.
El alcalde, el regidor,
que con decidido empeño,

pidcn á Floridablanca
para llevárselo preso.

FLORID. ¿Qué decís? Yo no sabia...

ARANDA. (Bajo á Floridablanca.)
Amigo, llegó el momento;
dad vuestro nombre.

FLORID. (Bajo á Aranda.) El asunto
se me figura más serio.

ESP. (Corriendo desde el foro.)
¡Que van á venir! ¡Dios mio!
¡Se me ocurre un pensamiento!
(Á Floridablanca.)
Si aprecias á tu señor
cual dijiste há poco tiempo,
puedes salvarlo. El alcalde
no le conoce; lo infiero
por los informes que pide...
Se puede hacer un enredo.
¿Me comprendes?

FLORID. No señora.

ESP. (Con rapidez.) Dices con aire sereno
que eres tú Floridablanca,
y que por no verte preso
te has disfrazado. Te prenden;
tu señor se salva, y luego...

ARANDA. (Con prontitud.)
¡Qué magnífica invencion;
mientras tanto yo me quedo
á vuestro lado... ¡Sublime!
(Á Floridablanca.)
¿Es verdad que tiene ingenio
esta señorita?

FLORID. Mucho!

ESP. ¡Ay, Conde! ¡cuánto me alegro
de haber hallado un recurso
favorable á vuestro intento!

FLORID. Pero permitidme que oponga...

ESP. ¡Qué están aquí. Ya no hay tiempo.

ESCENA XXI.

DICHOS, PEDRO, ALCALDE y GARCI-PEREZ.

ALC. (Desde el foro.)
¡Tomad todas las salidas!
¡Y ojo alerta!
FLORID. (No hay remedio.)
PEDRO. Pero, ¿quereis explicarme,
á qué viene este armamento?...
ALC. Soy el Alcalde.
PEDRO. Ya miro...
no os arrebato el empleo.
ALC. Pues observad, y callad.
(Dirigiéndose á Floridablanca.)
¿Cómo os llamais caballero?
¡No se engañe á la justicia!
ARANDA. (Bajo á Floridablanca.)
Este es el mejor momento
para decir vuestro nombre.
ESP. Hablad, ¿por qué estais suspenso?
ALC. ¿No escuchais que os interrogo?
Vuestro nombre, caballero.
¿No le teneis?
FLORID. (¡Ojalá!)
ALC. Decid vuestro nombre. ¡Presto!
FLORID. (¡Salga el sol por Antequera!)
(Con resolucion.)
¡Chupetin!
ESP. (Alejándose indignada.)
(¡Es un perverso!)
ARANDA. (Bajo á Floridablanca.)
Estábais en jaque, amigo:
el mate ha sido soberbio.
He ganado.
ALC. (Á Aranda.) ¿Vuestro nombre?
ARANDA. Pronto estoy á obedeceros.
Me llamo Floridablanca.
ALC. Á ese buscaba. Daos preso.
ARANDA. Dado estoy, señor Alcalde.
Os seguiré, mas primero

concededme unos minutos
para hacer ciertos arreglos,
y que mande á mi sirviente,
que sé, que lo hará corriendo,
para que busque al notario,
y aquí lo traiga.

ALC. Consiento.

ARANDA. Chupetin. Tráeme al notario.

FLORID. (Me he salvado; pero pierdo.)

ESCENA XXII.

DICHOS, ménos FLORIDABLANCA.

ARANDA. No sabeis, señor Alcalde,
lo mucho que os agradezco
esta merced.

ALC. No hay de qué.

ARANDA. Disimulad, si os molesto
pidiendo otra gracia.

ALC. ¿Cuál?

ARANDA. Que reveleis de mi arresto
la causa.

ALC. Bien la sabeis.

ARANDA. Pero mi futuro suegro,
y esta señora, la ignoran.

PEDRO. ¿Tu suegro yo? ¡*Va de retro*!

ARANDA. Me conviene que sepais,
que no puede un caballero
cometer una deshonra.

ESP. (Yo estaba segura de ello.)

ALC. Señor, el conde de Aranda,
remitió á mi casa un pliego
diciéndome que os prendiera,
y cumplo su mandamiento.

ARANDA. (Llamando aparte á Garci-Perez y hablándole al oido.)
Sin detenerte.

GARCI-P. (Yéndose.) Volando.

ARANDA. (Al Alcalde.)
¿Se trata de un hombre muerto,
ó de un herido que anoche,

á consecuencia de un duelo
cayó en el campo?

ALC. Verdad.

ARANDA. Ya lo veis, querido suegro.
El asunto no es tan grave.

PEDRO. ¡Carambola!

ESP. ¡Un hombre muerto!

ARANDA. Pero ese muerto soy yo.

ALC. ¡Este hombre ha perdido el seso!

ARANDA. Soy feliz. (Á Esperanza.)

ESP. ¿Eso decis?

ARANDA. Extremado es mi contento.
Firmaremos el contrato.

PEDRO. ¿Imaginas, majadero,
que yo he de darte á mi hija?

ARANDA. Sin duda.

ALC. ¿No sois el preso?

ARANDA. No, señor, ya se ha escapado.
Era Chupetin.

ALC. ¿Qué es esto?

ARANDA. Tranquilizaos, le traerán.

ALC. Entónces, saber yo debo
quien sois.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, FLORIDABLANCA, GARCI-PEREZ.

FLORID. (Entrando.) El conde de Aranda.

GARCI-P. Á quien serví en otro tiempo,
en la córte de Madrid,
y á quien serví de portero
en la calle de la Palma.
En casa de la...

ARANDA. (Tapándole la boca.) ¡Silencio!
(Al Alcalde, dándole unos papeles.)
Registrad esos papeles,
y vereis que soy el muerto.

FLORID. He perdido, y os repito,
que teneis mucho talento.

ARANDA. Os perdono el homicidio,
que al fin y al cabo, no he muerto.

Don Pedro, hacedme dichoso. (Á D. Pedro.)
Con vuestro consentimiento
todo se arregla.

PEDRO. (Señalando á Esperanza.) ¿Ella quiere?

ESP. Sí, padre.

PEDRO. ¿Quieres?

ESP. (Con mimo.) Sí, quiero.

ARANDA. ¡Victoria! (Le besa la mano.)

FLORID. (Suspirando.) ¡Cómo ha de ser!

PEDRO. Felices os haga el cielo.

ARANDA. (Á Floridablanca.)
Respondedme con franqueza;
¿fué jaque mate?

FLORID. Completo.

ARANDA. Si confesais la derrota,
permitid que os dé un consejo.
Si otra vez de amor la llama
arder sentis en el pecho,
presentaos á vuestra novia
y á vuestro futuro suegro
sin disfraces, ni mentiras,
que al fin sois un caballero.
Y si teneis un rival
á quien vencer, sed más cuerdo,
y no le hagais responsable
de vuestros pasados yerros,
porque todo se descubre
en el mundo andando el tiempo,
y como en esta ocasion
habreis escupido al cielo.

FIN DE LA COMEDIA.



